

# *Desaparecidos*

## *Cartografías del abandono*

**GABRIEL GATTI**

**T**

**TURNER NOEMA**



## ÍNDICE

Notas de campo	11
Listado de fotografías	13
Preámbulo. 24 de marzo en pandemia, la visibilidad del desabrigo	15
I El cuento del desaparecido	27
II Saliendo del jardín de la ciudadanía. Montevideo, en el epicentro, el origen	47
III En la plantación. República Dominicana, topografía del descontado	69
IV En el barullo de los cuerpos olvidados. Vidas descontadas en España y en Brasil	87
V ¿Dónde están? Cartografías de urgencia para vidas caídas del mapa	107
VI Más allá del muro, donde los nuevos desaparecidos	133
VII México. Una cartografía afectiva del país desaparecido	153
Epílogo. Contar con la desaparición. Una ecología global del abandono	177
Agradecimientos	191
Bibliografía	193
Notas	207

I  
EL CUENTO DEL DESAPARECIDO

Pero ahora, al escuchar al niño contar él mismo la historia de este instante, la historia de lo que estamos viendo y la historia de cómo lo estamos viendo, a través de él, una certeza lenta pero sólida me va recorriendo, finalmente. Es su versión de la historia la que nos sobrevivirá, su versión la que quedará y será transmitida [...]. Su versión de las historias de otros, como las de los niños perdidos. Desde el principio el niño había comprendido todo mucho mejor que yo, mucho mejor que el resto de nosotros. Había escuchado, observado las cosas –observando, enfocando, ponderando realmente las cosas– y, poco a poco, su mente había compuesto un mundo ordenado con todo el caos que nos rodeaba.

VALERIA LUISELLI, *DESIERTO SONORO*<sup>1</sup>

CARTOGRAFÍA DE UN CUENTO QUE SE EXTIENDE

**E**star confinado en Palo Alto, aun en plena pandemia de COVID-19, no fue especialmente incómodo: casas amplias, mucha distancia entre vecinos, poca gente. La orden de refugiarse en casa allí era solo un consejo, y se podía salir y caminar. Pero salvo algún supermercado todo lo demás estaba cerrado, y sin coche para moverse, con un *lockdown* que no nos dejó salir de Estados Unidos hasta bien terminado julio de 2020 y pocas redes sociales –sociales de las de antes, quiero decir: amigos, familia–, la cosa se hizo larga, en

especial para mi hija Ainara, de diez años entonces, mi única compañía en esa California pandémica. Aguantamos bien un tiempo, paseando por las calles de Menlo Park, viendo los jardines delanteros, preciosos, de sus coquetas casas, en sus tranquilas calles. Paseamos por ahí, por la zona de residencias de profesores de Stanford, llegamos a Ather-ton, alguna vez a Mountain View. En bicicleta extendimos el alcance de nuestros paseos juntos y fuimos muchas veces a las *preserves* más cercanas: Coyote Hill, Palo Alto Baylands... Pero estaban lejos para las piernas de una niña de diez años montando una bicicleta ya muy baqueteada y hubo que inventar, yo desde allí, en nuestro ancho refugio, y Eli, su madre, desde Bilbao, en uno más estrecho, una agenda de actividades tan variada como bizarra: 8:00 a.m. *ballet* desde Bilbao, 10:30 a.m. clases de dibujo desde San José, en varios tramos del día clases desde Nixon Elementary, su escuela pública californiana, y a las tardes reuniones con sus amigas. Todo *online*. Pero no era suficiente.

Y tenía que escribir esto... La casa era amplia, pero era casa y oficina entonces, y no era fácil dejar a un lado los artículos, las fotos, los libros, los reportajes en los que estaba trabajando; aunque ella conozca el tema, no todas las imágenes y las palabras que este asunto produce se ven fácil. Concilié e ideé algo quizá irresponsable: hacer a mi hija cómplice de mi tarea. Al menos conseguiría explicarle de una vez en qué trabajo y por qué. Y justificaría esas fotos desplegadas en la mesa del comedor. Le propuse hacer una cartografía de las distintas formas y momentos de la desaparición, algo que me ayudase a definir y perfilar tipos de desaparecidos, a ver trayectorias históricas, a hacerme una idea gráfica del discurrir del fenómeno. No era solo un juego, me hacía falta para ordenar el índice del libro y mis ideas. Le conté las cosas lo más fácil que supe. Recortamos imágenes y carteles, contorneamos mapas de países, pensamos cómo llevar a dibujo una historia de tres décadas. Lo entendió rápido; a fin de cuentas, no es ajena a ese cuento, que también constituye su propia historia.

Y cartografiamos la desaparición...

Hubo que dibujar un primer momento, el del *estallido*, que colocamos en el centro de nuestro mapa,<sup>2</sup> como una explosión inicial, un *big bang* con el epicentro en Argentina, durante la dictadura militar que se





La construcción del mapa de los desplazamientos del desaparecido. Palo Alto, California, abril de 2020. Ainara y Gabriel Gatti

instaló en aquel país entre 1976 y 1983. Ese tramo se lo conté rápido, sintetizando mucho.<sup>3</sup> Quizá por eso el dibujo de ese momento ocupa poco en el mapa, pero es central, explosivo, un estallido con forma de estrella, pintado con el rotulador más intenso que encontró en su caja. Representa bien, sí, lo que resultó ser un verdadero acto de creación, el de un nombre *-desaparecido-*, el de un término para pensar, habitar, imaginar algo extremo, fuera del lenguaje, un imposible.<sup>4</sup> ¡Bum! una explosión, grande, allá, en Buenos Aires, seguida de otras más chiquitas no muy lejos: en Uruguay y Chile, en Paraguay y en Brasil... Y aunque no lo dibujamos en el mapa, mientras Ainara colocaba flechas que llevaban desde aquel epicentro hasta Colombia, México y Guatemala, desde los setenta a los noventa, imaginaba movilizaciones, activismo, familiares, pañuelos, también el trabajo de la gente del derecho. Quiero decir, todo lo que sirvió para desplazar la categoría hacia el norte, hacerla crecer, hacerla exitosa, madurarla y depurarla.

Segundo momento ya, el de la *consolidación*, cerquita en el tiempo, 2006, cuando la Convención Internacional para la protección de todas

las personas contra las desapariciones forzadas, allá en Ginebra, cuando *desaparecido* y *desaparición* se instalan como categorías fuertes, muy fuertes, del derecho humanitario internacional. Entonces la historia cambia. Las categorías se hacen sólidas, claras. De buscar un icono para poner en el mapa, cerca de Ginebra, tendría forma de libro institucional, con muchos logos, algo seco, eficaz; de tener que explicarse, diría que esa desaparición hecha Convención refiere a una forma de terror de Estado en la que este o grupos o personas que cuentan con su autorización o su complicidad privan de libertad a un ciudadano y niegan información sobre su destino.<sup>5</sup> En ese rango sus viajes por el mundo se hacen enormes ya, transatlánticos; por eso, las líneas con las que los dibujamos eran rectas y gruesas, hechas con regla, bien orientadas.

Si no hubiera contado con la ayuda de mi hija, mi mapa hubiera acabado ahí. Habría seguido la trayectoria de las definiciones jurídicas más estrictas de *desaparición* o *desaparecido*. Mostraría cómo la categoría salía de Ginebra, circulaba por las autopistas que le ofrece el derecho humanitario y llegaba a lugares donde hubo o hay expresiones del terror de Estado como el que hubo en el referente original argentino, o parecidos. Todo en línea, de aquí a allá: desde Ginebra a España, a México, a Egipto, a Perú, a Libia, a Ruanda, a Serbia, a Albania. Fuerte, firme, cifrando, nombrando, calificando, contando. Hubiera acabado ahí, sí, pues no habría sabido cómo colocar en aquella cartulina naranja los movimientos que llevaban a *desaparecido* a aterrizar en un conjunto de situaciones raras, indefinidas, muy diferentes a lo que el *desaparecido* de la Convención nombraba. Pienso en esos movimientos que llevan a que *desaparición* lo califique, hoy, todo, o mucho de lo que se deforma, de lo que no se entiende, de lo que se deja de cuidar, y de contar, y de registrar. Cárcel, migraciones, asilos, tristeza, pobreza, olvido. A veces las cosas en las que se usa el término recuerdan la vieja desaparición forzada: porque hay sistematicidad u ocultación (en casos de trata o de feminicidio), porque hay Estado (en las migraciones masivas, en abandonos, en expulsiones colectivas). Pero muchas veces, las más, no es fácil dar con algo que evoque la desaparición de los primeros tiempos, quiero decir, lo que prescribe

que es *desaparición* la categoría convencional, o sea, la de la Convención: cuando se aplica a los menores que atraviesan Europa, cuando califica a la población expulsada del censo en República Dominicana, o cuando adjetiva los cadáveres no identificados de los sin techo de São Paulo, o a la población en situación de extrema miseria en Montevideo, a los niños perdidos en la India, o, qué sé yo, a los muchos sujetos desechados en Bogotá, o a las mujeres indígenas muertas en las reservas de Nuevo México o de Canadá. No hubiera sabido cómo dibujar esos movimientos, no. A lo sumo hubiera sido capaz de pensar en otro mapa: si en el primero, el que he descrito hasta ahora, cabían las viejas desapariciones, explosivas primero, luego más claras y lineales, el otro lo dejaría para las nuevas, que siguen movimientos menos previsibles, más dispersas.

Fue entonces que lo que arrancó como entretenimiento pandémico de vocaciones didácticas se convirtió en mucho más. Le conté a Ainara que es en esos movimientos en lo que trabajo ahora, que es por entenderlos que había viajado tanto estos últimos años, siguiendo los *viajes sin trayectoria* clara de una categoría que se movía sin freno. Le dije que era un desorden hermoso, creativo, que era otra eclosión, la de la categoría misma, que se desborda, que escapa de su canon, que multiplica sus usos. Que estuve siguiendo esos movimientos durante años, yendo tras una red de rumores y notitas y pequeñas e irregulares pistas, una red sin centro, que pasó por Montevideo, por lugares distintos de Estados Unidos, por algunos puntos de Colombia, por otros de España, por mi barrio en Bilbao, por Monterrey, Ginebra, y muchas veces por México, hasta por la República Dominicana fue, y al norte de África... Le confesé que para mí y mis geometrías euclídeas era un problema llevar eso a mapa, hacerlo convivir con el que salía de Ginebra. Pero no lo fue para ella, que reinterpretó mi línea, tan ordenada y acumulativa, en la que lo primero era lo primero, lo segundo venía después y lo tercero, lo de ahora, era lo último. E hizo otra cosa: líneas torcidas, trazos difusos y rotos y variables, muchos colores; conexiones casuales, azar sin dirección, conviviendo en el mismo plano con líneas rectas, ginebrinas, convencionales. Todo a la vez. Ainara dibujó colaboraciones entre entidades, tiempos y lugares que yo pienso incompatibles. Qué

privilegio: su modo de ver el tiempo y el espacio, tan ingenuo como lúcido, tolera la simultaneidad contradictoria y hasta colaborativa de movimientos que parecen enfrentados y es capaz de solapar sin problemas espacios que no estarían nunca juntos si uno traza un mapa desde una geometría más lineal. Movimientos ordenados trabajan al lado de otros más caóticos, lugares sin contacto dialogan entre sí sin necesidad de mediadores. Hoy, en un mundo tan precario, es así como se tiene que hacer la sociología.



A veces, como en República Dominicana, se usa por intuición. En otras, como en México, se usa de mil maneras y no parece que haya un patrón que les dé unidad. Hay usos tácticos y usos que niegan la herencia, hay usos que veneran el origen de los combates, que adoran los referentes heroicos, y usos bastardos, negadores de esos principios. Algunos de esos usos conviven y dialogan, otros, sin embargo, niegan otros usos si son distintos al uso propio. A veces hay comités, relatores, comisiones que se encargan de supervisar que los usos de la categoría se ajusten a la letra de la ley. Muchas otras no, no hay nadie que venga a supervisar, ni se lo espera, ni se espera nada más que el uso mismo. En algunos lugares se evocan los orígenes de la categoría y se invoca la legitimidad especial, si no única, de los que vienen de los primeros tiempos. En otros, ni saben qué es eso, porque no hay primeros tiempos y las desapariciones están siendo y siguen; ni se sabe qué es ni quién las hace, solo que ocurren. Sin el mapa de Ainara, sin planos nítidos, me habría costado ver que esos usos trabajan juntos, aunque a veces se contradigan, y hasta se nieguen. Algunos se apoyan en la desaparición originaria, que los alimenta e inspira, otros la contravienen, porque la estiran tanto que la rompen, llevándola mucho más allá de lo que nunca se pudo pensar que llegaría esa prodigiosa invención de los años setenta.

*Desaparecido y desaparición* se mueven en un “sistema mundo”,<sup>6</sup> circulan por redes de poder y saber que los vehiculan, se hacen cargo de ellas experticias y oficios diversos, instituciones y grupos de presión distintos. Los movimientos son a distinta escala, algunos globales, de gran envergadura y alto grado de institucionalización (grandes convenciones, derecho humanitario). Otros juegan en estructuras locales de gran firmeza institucional y larga duración (legislaciones nacionales, luchas nacionales). Y otros no, solo son pequeñas apariciones en vidas ordinarias fuera de las manifestaciones más visibles y espectaculares del mundo global (los usos mínimos, el “modo menor”<sup>7</sup> de la vida de la categoría). A todo eso Anna Tsing le llama *fricción*.<sup>8</sup>

Apuesto por seguir esas interconexiones en las que se hace hoy la desaparición. Es una simultaneidad contradictoria de viajes organizados y rumores inconsistentes, tan mutuamente excluyente como

mutuamente constituida, que no se anulan, sino que colaboran, dentro de un tablero global de movimientos muy enredados. Michel Serres pensó que nuestra época estaba atravesada por “objetos mundo”, entidades que circulan a distintas escalas y en redes globales sin perder su forma: el fútbol, el logo de Coca-Cola, un satélite.<sup>9</sup> Se mueven, aterrizan en algunos lugares y quedan, en otros no cuajan; a veces friccionan y cambian para poder instalarse. Sostengo que *desaparición* y *desaparecido* son parte de ellos. Se los encuentra donde sea necesario calificar formas de abandono para las que nuestras viejas herramientas para hacerlo, muchas (pobre, miserable, marginal, anómico...) han sido desbordadas.

¿No les resulta sorprendente esta historia? La categoría nació en los subsuelos de las luminosas ciudades del Cono Sur latinoamericano. Luego, cuando el tiempo de las reacciones, cuando la denuncia y la memoria, se consolidó y también todo lo que hoy se le asocia. Y funcionó. Y viajó, y viajó. Se hizo Convención, se hizo icono, pañuelo y silueta. Se hizo casi universal antropológico. Y también se hizo universo de vida social, lleno de militantes, familiares afectados, de un ejército de oficios. Hasta sus lemas –“Que aparezcan con vida”, “Con vida los llevaron, con vida los queremos”, “¿Dónde están?”, “Nunca más”, “Los seguimos buscando”, “Ni olvido ni perdón”– se han universalizado. Y siguió creciendo. Ahora se escucha hablar de desaparecidos en las periferias de Bogotá o de São Paulo, en los cenáculos de especialistas en migraciones italianos, en círculos feministas mexicanos preocupados con la trata de cuerpos minorizados, entre juristas franceses que piensan el refugio y el asilo, entre activistas de todas partes que luchan contra el feminicidio, entre arqueólogos, oceanólogos, sociólogos, antropólogos ingleses, españoles o israelíes que buscan restos, o entre gentes del mundo humanitario que trabajan con los que se quedaron fuera de los registros de la ciudadanía en Macedonia o Ucrania. Para todo eso, desaparecidos, para democracias y autocracias, para muertos que nunca mueren y para vivos que viven tan mal que parecen muertos. ¿Qué significa eso? ¿En qué nos debe hacer pensar un uso tan global de un nombre tan incómodo? ¿Qué cuenta? ¿No es fascinante este éxito? ¿No asombra su capacidad de contar?

Título:

*Desaparecidos. Cartografías del abandono*

© Gabriel Gatti, 2022

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2022

Diego de León, 30

28006 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: marzo de 2022

De las ilustraciones:

© Concetta Probanza

De las fotografías:

© De sus autores, Gabriel Gatti, Jessica Cordiglia y Victoria Ríos

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Coches oxidados en el patio de recreo abandonado del parque Pripyat,  
Chernobyl © Dreamstime

Este libro ha sido posible gracias a la Fundación Tinker.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con  
la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18895-37-1

DL: M-5675-2022

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)